

cipios inspiradores de su doctrina teleológica. No se extrañarían de que, conocedores del tomismo y de la filosofía moderna y contemporánea (para enjuiciar una doctrina, positiva o negativamente, es preciso conocerla), vayan poniendo de manifiesto, en servicio a la verdad, lo que no es tan nuevo, como a veces se presenta, de algunos aspectos de la filosofía actual y de lo que ésta es tributaria sin conocerlo y, por supuesto, sin quererlo en muchos casos, de los grandes sistemas agustiniano y tomista.

Que desde el siglo IV y desde el siglo XIII se ha escrito mucho y el mundo ha seguido su marcha, sin duda alguna. Que no todo estaba visto, ni podía estarlo, desde luego. Pero que todo lo nuevo en el tiempo es siempre mejor, no deja de ser un halago a la novedad, con detrimento, en muchas ocasiones, de la verdad. Lo eterno es permanente y, por ello, siempre actual. Y hay mucho perenne en la filosofía «perenne» que no se puede ignorar ni despreciar *a priori*. Y que esa perennidad no está reñida con otras doctrinas con las que, como hace ahora C. Fabro, puede intentarse un acercamiento.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

FOURESTIÉ, Jean: *Les 40.000 heures*. R. Laffont, París, 1965. 246 págs.

Los problemas de la prospección, de la técnica, del maquinismo y de la cibernética (en sus interferencias con el hombre mismo a través de los procesos de socialización y desarrollo comunitario, niveles de vida, etc.) interesan de un modo especial al hombre reflexivo de nuestros días: ahí se juega una baza importante de nuestro futuro común. Sin embargo, los sondeos y diagnósticos en este dominio suelen ser demasiado propicios a las utopías y a los «cuentos de hadas». Por contraste, los libros de Fourestié relativos a estos temas—muchos, traducidos ya al español—suelen ser más equilibrados. La obra que comento aquí (bien montada, como otras del mismo autor, *Maquinismo y bienestar*, *La civilización de 1975*; *La gran esperanza del siglo XX*, etc...) me parece especialmente interesante: por el tema abordado (condiciones de vida para el hombre medio dentro de las generaciones próximas) y por la manera de tratarlo (cómo podemos dirigir y mejorar nosotros mismos los procesos que están en marcha). La obra resulta ser, en definitiva, una especie de balance, resumen y proyección para el futuro, de cuanto Fourestié y otros han venido enseñando sobre este tema en situaciones anteriores similares.

Se calcula que en un futuro próximo cercano, el hombre medio (occidental) trabajará treinta horas por semana, cuarenta semanas por año y treinta y cinco años en su vida: lo que da un total de *cuarenta mil horas* de trabajo por individuo. El tema del libro es precisamente buscar la respuesta a esta pregunta: ¿Qué nuevas condiciones de vida implicará esta situación en comparación con las actuales? Condiciones no sólo económicas (nivel de vida en una civilización de superconsumo) y técnico-profesionales (especialización laboral y automatización; crecimiento del sector terciario «servicios», etc...), sino también demográficas, familiares, religioso-morales y sociológicas en general (vivienda, enseñanza, ocupación del

ocio...). Como valoración general, piensa Fourestié que los factores económicos se presentan muy favorables para las naciones occidentales, pero que los factores sociológicos son menos convincentes; los factores intelectuales, afectivos y valorativos exigen que se les preste un cuidado más minucioso, mientras que muchos factores físicos (polución del aire y de las aguas, ruidos, espacios verdes, espacios de vivienda...) y biológicos exigen replanteamientos inmediatos.

Llama «socialismo» al régimen económico en el cual la masa del pueblo alcanza un alto nivel de vida y en el que los privilegios de propiedad se atenúan. Y cómo la más seria consecuencia de todos los cambios que están gestándose señala que en el futuro la mayor educación y capacidad de reflexión de los individuos harán a éstos más capaces de auténtica personalidad y de juicio y decisión propios (opinión que, como es sabido, no suscribirían los que sólo esperan para el futuro una creciente «masificación», «adocenamiento» o «aborregamiento» (!) del hombre).

Pero, tal vez, la «previsión» más importante del libro es la relativa a los cambios de valoración social que se producirán en un próximo futuro. Piensa Fourestié que hacia el año 2000 estarán superadas todas las preocupaciones económicas y que ello permitirá que ocupen el primer puesto en los planes humanos otros valores superiores, hoy subordinados sistemáticamente a los económicos. La tarea del «socialismo» parece así indefinida: porque otras necesidades (más importantes jerárquicamente, pero posteriores a las económicas en el orden de los medios) sustituirán a las presentes, ya satisfechas. El «hambre de consumir» no es, en definitiva, más que una manifestación perentoria, pero no excluyente, de otro «instinto» humano todavía más importante: se trata de la tendencia a mejorar en esa marcha constante del hombre y de los grupos humanos hacia el «pleno empleo» y desarrollo de todas las potencias y posibilidades del hombre. A medida que van siendo satisfechas necesidades «menores», otras de rango cualitativo superior van apareciendo. En suma, este «desplazamiento» de las angustias y cuidados quizá no suavice la vida humana, que hoy resulta casi insoportable a tantas víctimas del «prurito económico». Se trata de planificar bien el futuro: la reflexión, la experimentación y la acción razonada y tenaz son los mejores pilares sobre los que podemos ir montando y construyendo nuestro futuro común. El pleno desarrollo (a través de una educación integralmente humana de nuestras posibilidades intelectuales y morales, sobre todo) del hombre presente y real nos llevará al futuro mejor de nuestros hijos.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

FUCHS, Stephen: *The Origin of Man and His Culture*. 1963. Asia Publishing House. 300 págs.

Desde que empezó a inventar recursos para asegurarse el alimento, el ser humano se manifestaba ya plenamente dotado para la cultura, por primitiva y brutal que ésta fuese. En cuanto aparece la agricultura, los